



OBRAS COMPLETAS DE  
JUAN DE DIOS URIBE  
PARTE I

---



Uribe, Juan de Dios, 1859-1900

Obras completas de Juan de Dios Uribe. Parte I / Juan de Dios Uribe -- 2ª ed.

-- Medellín: Fondo Editorial ITM, 2013.

436 p. -- (Colección Bicentenario de Antioquia)

ISBN 978-958-8743-28-8

1. Ensayos colombianos 2. Literatura colombiana - Colecciones de escritos. I. Título (serie)

864 SCDD Ed.21

Catalogación en la publicación - Biblioteca ITM

Obras Completas de Juan de Dios Uribe. Parte I

Primera edición: Ediciones Académicas, Rafael Montoya y Montoya: julio 1965

Segunda edición: Colección Bicentenario de Antioquia: julio 2013

600 ejemplares

ISBN 978-958-8743-28-8

Hechos todos los depósitos legales

© Juan de Dios Uribe

© Fondo Editorial ITM

© Colección Bicentenario de Antioquia

Editora

Silvia Inés Jiménez Gómez

Corrección de estilo

Lila María Cortés Fonnegra

Secretaría Técnica

Viviana Díaz

Diagramación y montaje

Litografía Dinámica

Alfonso Tobón

Diseño de carátula

Miguel Suárez

Impresión

Ediciones Diario Actual

Editado en Medellín, Colombia

INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO

Calle 73 No. 76 A 354 (vía El Volador)

Tel: (574) 440 5298 - 440 5197

<http://fondoeditorial.itm.edu.co/>

[www.itm.edu.co](http://www.itm.edu.co) • Medellín - Colombia

Coeditores Colección Bicentenario de Antioquia /  
Gobernación de Antioquia / Editorial Universidad de  
Antioquia / Universidad EAFIT / Universidad CES  
/ Corporación Universitaria Lasallista / Universidad  
Nacional de Colombia / Escuela de Ingeniería de  
Antioquia / ITM Institución Universitaria / Universidad  
de Medellín / Universidad Pontificia Bolivariana /  
Universidad Autónoma Latinoamericana –UNAULA.

Las opiniones, originales y citaciones del texto son de la  
responsabilidad del autor. El ITM salva cualquier obligación  
derivada del libro que se publica. Por lo tanto, ella recaerá única y  
exclusivamente sobre el autor.



EL INDIO URIBE  
(Óleo de Pedro Restrepo Peláez)



## Contenido

PRÓLOGO .....	17
Una vida a la altura de las circunstancias, por Carlos Rivas Polo .....	17
Juan de Dios Uribe, por Tomás Carrasquilla.....	27
Juan de Dios Uribe, por Antonio J. Restrepo .....	29
El Indio Uribe, por José María Vargas Vila .....	35
El Indio, por Baldomero Sanín Cano .....	41
Interpretación Biográfica, por Luis López de Mesa .....	49
Introducción .....	63
Partida de bautismo.....	64
Partida de defunción.....	65
CAPÍTULO I – EL PANFLETARIO .....	67
Excomuni3n .....	67
Semana Santa .....	69
En La Fragua.....	73
Clérigos, frailes y otras alimañas .....	103

Perfiles de la capital .....	117
Rumbos ignotos .....	121
Los académicos .....	125
Los pobres niños .....	127
Cuadro doloroso.....	129
Pacho Carrasquilla .....	133
Los usureros.....	135
Académicos por la lengua .....	137
Protesta .....	145
Por mi parte.....	147
Núñez .....	151
Elogio de Murillo Toro.....	155
Pueblo de la dura cerviz .....	159
CAPÍTULO II –EL POLÍTICO.....	161
A «El Orden» .....	161
A «La Equidad».....	167
Elecciones.....	169
Fraternidad universal .....	173
Colombia. Un doctorzuelo Francia.....	175
Id a encontrarlo .....	185
Narciso González Lineros .....	189
¡Ven a tu patria! .....	191
El Congreso del 82.....	195
Gregorio, Epifanio y Camilo .....	199
El suicidio de Camilo A. Echeverri .....	209
¡Presente! .....	219

Autógrafo .....	221
Esquicios Manuel Briceño.....	221
José Joaquín Ortiz .....	222
Rafael Núñez.....	222
Carlos Holguín.....	223
José Eusebio Caro.....	223
Rojas Garrido .....	224
El Partido Liberal.....	227
Ricardo Becerra .....	229
José María Uribe.....	230
Aquileo Parra.....	230
Francisco E. Álvarez.....	231
Vestirse de ceremonia .....	232
César Conto .....	233
Ricardo Gaitán Obeso.....	235
Política y oportunismo.....	239
El «Cántabro» ante el Senado.....	243
Julio E. Pérez .....	253
Hombres y cosas de mi tiempo.....	259
Los acontecimientos.....	275
Los cuervos.....	281
Judas presentido.....	285
Otra etapa.....	289
¿Dónde esconden su vergüenza?.....	295
Leonidas Flórez.....	299

CAPÍTULO III – EL ORADOR .....	301
Discurso por Epifanio Mejía .....	301
Seamos libres .....	313
Discurso por Máximo Jerez .....	317
CAPÍTULO IV–EL BIÓGRAFO .....	327
Epifanio Mejía (Dedicado a una mujer querida) .....	327
En el cercano ajeno.....	339
Discurso pronunciado en Quito .....	359
El microscopio sotas y bastos.....	365
Santiago Pérez .....	365
José Vicente Uribe .....	365
Carlos Martínez Silva.....	366
José María Rojas Garrido .....	366
José Ignacio Escobar.....	367
Julián Trujillo.....	367
Diógenes Arrieta .....	367
Aquileo Parra.....	368
Francisco E. Álvarez .....	369
Ovación del porvenir .....	371
Los caídos en La Humareda.....	375
Daniel Hernández .....	375
Fortunato Bernal .....	377
Luis Lleras.....	378
Capitolino Obando .....	380
Plutarco Vargas.....	382
Nicolás Herrera Lombana .....	384

General Gregorio Vergara .....	385
La conversión de D. José J. Ortiz.....	387
Eugenio Castilla .....	393
Fruto Santos .....	395
Constancio Franco.....	396
Leopoldo Arias Vargas .....	397
Carlos Martín.....	399
Antonio José Restrepo.....	400
Uribe Uribe.....	407
Leonidas Plaza Gutiérrez.....	408
Carlos Nicolás Rodríguez.....	418
El testamento de un poeta .....	421
Candelario Obeso.....	425



## Prólogo

### Juan de Dios Uribe Restrepo

(Andes, 1859 – Quito, 1900)

Por Carlos Rivas Polo\*

#### ***Una vida a la altura de las circunstancias***

*«Los libertadores sintieron el mal y lo sacudieron como una carga indigna; no conocían la guerra y se formaron capitanes ilustres» (En La Fragua, I: 61)<sup>1</sup>*

*«Requíérese que la palabra sea como la sal en las carnes de un pueblo que se pudre por el maltratamiento de los déspotas»*

(Antonio José Restrepo, II: 290)

Sensible a la injusticia, predispuesto para la lucha política por una innata e invencible convicción, las circunstancias de la

---

\* Magíster en Literatura Colombiana, Universidad de Antioquia

<sup>1</sup> Para facilitar su ubicación, al final de cada cita y entre paréntesis, se incluye: (Título del artículo, Tomo: páginas). Para las citas del presente prólogo: *Obras Completas de Juan de Dios Uribe* (3 vol.). Medellín: Ediciones Académicas, Rafael Montoya y Montoya, 1965.

Colombia que le tocaron en suerte, moldearon el destino de escritor antioqueño Juan de Dios Uribe Restrepo (llamado el *Indio* Uribe, «por su pelo rojizo, lacio y abundante, muy chorreado por todos los lados de la cara»).

Bajo un entorno más propicio, quizá se habría dedicado al estudio de la filosofía política, al cultivo de la ciencia o al ejercicio sistemático de la crítica literaria. Pero muy pronto sintió el mal, y muy pronto salió a combatirlo. Como su admirado Montalvo, hizo de su pluma arma de pelea, pues «falta a la honradez política quien pueda luchar y se sustrae a las fatigas del combate. El que tiene un arma en la mano debe dispararla sobre su enemigo» (*Otra etapa*, I: 290).

¿Y cuál era el mal? Más que los afiliados al aborrecido Partido Conservador, el mal era la desigualdad social, la inmovilidad de las mentes, el peso muerto de la tradición católica, la esclavitud en cualquiera de sus múltiples expresiones. Su vida fue un continuo batallar contra «el absolutismo y la teocracia», como escribió desde el exilio, una incuestionable y conmovedora adhesión al liberalismo radical, filosofía del bienestar y del progreso humano de cuya verdad nunca dudó, y a cuyo servicio puso sus mejores dotes de escritor polémico y militante.

Marcado desde su nacimiento por los interminables vaivenes de una política cifrada en una estéril y aberrante polarización partidista, el Indio Uribe se vio inmerso desde su primera juventud en las guerras civiles que azotaron Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX. De su Andes natal, y siguiendo las andanzas profesionales (y mineras) de su padre, el médico José Vicente Uribe Restrepo, la familia se trasladó en 1867 al estado del Cauca, donde continuó sus estudios en Buga, Cali y posteriormente en la Escuela Normal de Popayán, que entonces dirigía el escritor Jorge Isaacs. En 1876 estalla la guerra, que rápidamente se extiende a los estados de Antioquia y Tolima, y más tarde a Santander y Boyacá. Visceral adepto a los ideales del liberalismo radical, el joven Juan de Dios (tiene 17 años) se unió a las filas comandadas por el General Julián Trujillo: «Con

lágrimas en los ojos dejó el Batallón, en que estaban mis amigos de los claustros, para ir al Valle, en donde había de enrolarme en las filas del poco tiempo después glorioso Ejército del Sur» (*Hombres y cosas de mi tiempo*, I: 266). Terminada la guerra (1877), llegó a Medellín con el victorioso ejército liberal, donde conoce a quien sería uno de sus mejores amigos, su primo José Antonio Restrepo —el célebre *Ñito* Restrepo—, a quien dedicaría un extenso ensayo y alguna de sus «biografías» sucintas, género en el que trazó, en apuntes breves y sustanciosos, los rasgos esenciales de algunos de sus amados (y más odiados) contemporáneos. En Bogotá, a donde viaja poco después, comienza estudios de Filosofía y Letras con el famoso orador José María Rojas Garrido y con Ezequiel Rojas, para el historiador Jaime Jaramillo Uribe «el más notable de los expositores del utilitarismo en la Nueva Granada y el único que dejó una obra escrita amplia y de aspiraciones sistemáticas». También entró en relación con los poetas Candelario Obeso y Diógenes Arrieta, sobre quienes también escribiría, especialmente el último, a quien dedicó uno de sus ensayos críticos más largos y sustanciosos.

En la capital inició una labor periodística que ya no interrumpiría nunca, abundante y febril producción que fácilmente pasaba del ámbito de la crítica literaria, a sus implacables andanadas contra «Clérigos, frailes y demás alimañas» (I: 95-111); de las mencionadas biografía sucintas —«Esquicios» los llama (esbozos)— a los despiadados y polémicos artículos contra los ideólogos del conservatismo, política que encarnó en la figura de Rafael Núñez, «hidrófobo maldito, obrero del mal, abortado del Averno» (*Núñez*, I: 142-143). «Escribía con una facilidad sorprendente —anotó Baldomero Sanín Cano—. Muchas veces, llegando a la imprenta, dictaba al cajista el artículo que había de aparecer en el periódico unas horas más tarde». Sin embargo, y sin perder la señalada diversidad, pocas veces dejó el Indio Uribe de poner su pluma al servicio del ideario liberal que lo impulsaba y que terminaría por conformar una obra dotada de una gran unidad y coherencia interna. Lo demuestra uno de sus primeros

actos luego de ser elegido, en 1882, diputado a la Asamblea de Cundinamarca: fundar, en compañía de *Nito* Restrepo, un periódico titulado (significativamente) *La Batalla*, de brevísima duración. Incansable creador de periódicos –caracterizados por la señalada fugacidad–, muy pronto fundaría el semanario *La Actualidad* (1884), al que seguiría *El Microscopio* (1885) y al año siguiente *La Siesta*, nuevamente en compañía de Antonio José Restrepo, clausurado este mismo año. Igual suerte correría su último periódico, *El Correo Liberal* (1888), cerrado en virtud de un polémico instrumento legal incluido en la recién promulgada Constitución del 86: el artículo K, que además facultaba al gobierno para expulsar del país a su fundador:

Señor Redactor de *La Palabra*:

Permítame usted que en las columnas de su periódico proteste contra la Dictadura que ha suprimido el mío, ha confinado mi Editor y me envía al destierro; permítame que diga que en Colombia reina un despotismo sombrío [...].

Quiero decir adiós a los lectores de *El Correo Liberal* y decirles que en cualquier parte del mundo a donde la ola me lleve, mi pensamiento estará con ellos y mi esfuerzo tenaz se hará sentir, aunque modesto, por el triunfo de las ideas radicales (*Protesta*, I: 136).

Nunca volvería a Colombia, excepto algunos meses entre 1892 y 1893, en un arriesgado viaje motivado por la enfermedad de su madre. Prosigue sus ataques contra el gobierno y es entonces cuando pronuncia, en Medellín, su hermoso y célebre «Discurso por Epifanio Mejía» (cuestión de carácter: no pudo evitar deslizar ciertas suspicacias «de financistas que soplaban sobre los billetes de banco y fraudulentamente los multiplicaban. De ciertas emisiones clandestinas del Banco Nacional»: ya veremos las consecuencias). Recluido en el Manicomio Departamental, el discurso por el pobre poeta loco se inicia con estas conmovedoras palabras:

Señoras y señores: A estas horas de la noche duerme Epifanio Mejía, en su melancólico retiro, el sueño visitado por la locura, que es el mayor tormento de la vida humana. Cuando su nombre va aquí de labio en labio, él yace aletargado, o fabrica en los ruidos de la noche el palacio de sus quimeras. Hace catorce años que noches como esta arropan con su capuz esa pobre alma, y aglomeran sobre su ingrato destino las tinieblas, precursoras indolentes del sepulcro (II: 9).

El discurso aparece publicado en *El Espectador*, provocación que motiva el arresto del admirable Fidel Cano y el confinamiento del Indio Uribe a la isla de San Andrés, ordenada por el Presidente encargado, «nuestro tiranuelo, el gramático» Miguel Antonio Caro, «papagayo académico embalsamado por Rafael Núñez». Así se despidió de este último: «Si la saliva de un caballero cabe en la cara de un bellaco, salvando la distancia, os la envío». Este mismo año escapa de la isla rumbo a Centroamérica, donde se une a la revolución liberal liderada por Eloy Alfaro, quien conquista la presidencia del Ecuador en 1895. En Costa Rica recibe la noticia de la muerte Rafael Núñez, quien «cansado de deshonorar la vida ha pasado a deshonorar la muerte». Escribe en Quito su magnífico ensayo «En la fragua», publicado en 1895, año de una nueva guerra en la lejana Colombia, tan funesta para el liberalismo y que aplaza un anhelado e imposible regreso.

Como escritor dedicado a una fecunda labor de militancia política, la vida del Indio Uribe fue un auténtico «apostolado», dirigido a sembrar en los corazones la dignidad de la patria, a conquistar la utopía de libertad y justicia que imaginaron los libertadores de América. Por eso pudo llamar «radicales de su tiempo» a los espíritus lúcidos y audaces que lucharon por la Independencia, pues «unas mismas son las guerras por la Independencia y la Libertad»; por eso pudo imaginarlos al lado de José Martí, a quien conoció en los Estados Unidos: «¿Olvidaré las pláticas de José Martí en New York, el año de 1888? El patriota cubano describía el triunfo de su causa como si se hubiese realizado...» (En *La Fragua*, I: 66); por eso pudo

soñarlos junto a los ciudadanos que dieron muerte a Gabriel García Moreno: «Otros lamentan el fin de este bandido: yo admiro a los conjurados; el puñal en sus manos es la brújula de los hombres libres» (72); por eso pudo ponerlos al lado de su admirado Eloy Alfaro; al lado de tantos otros liberadores, cuya fuerza encontró en esta «multiplicidad de energías, distribuidas en el globo para empuje de la democracia» (86). A todos los une aquella ley de transformación progresiva que mueve las cosas vivas, ley natural que alimenta la filosofía de los partidos, siendo los radicales quienes asimilan los últimos descubrimientos y los conservadores los rezagados de todo movimiento. Haciendo gala de su certero estilo, aventura esta metáfora «vanguardista»: «Los radicales van en buque de vapor o ferrocarril y los conservadores en piragua o montados en bueyes» (85).

Hijo de una época de intransigente polaridad partidista, no podía el Indio Uribe no afiliarse al Partido Liberal, en cuyas ideas creyó encontrar la salvación del país: «A él se le ha confiado la suerte de los pueblos y como el enemigo vela, necesita defenderse, y si vence, ha de avanzar, pues de esa fatiga surgirá el porvenir» (*El Partido Liberal*, I: 224). Fue liberal, qué duda cabe: liberal radical si se quiere, pero el menos «partidista» de sus contemporáneos. Lejos del sectarismo de partido, fue el suyo el ámbito de las ideas. Su adhesión a un liberalismo fundado en la «naturaleza de los hechos» lo pone a salvo de cualquier estrechez dogmática, de cualquier posición doctrinaria: el verdadero liberalismo ha reconocido al hombre «como es naturalmente», ha exaltado su condición de libre e impulsado esta fortaleza al servicio de su independencia. Así constituido, el liberalismo tiene ante sí el cumplimiento de una revolución que el Indio equipara a los benéficos trastornos geológicos de la esfera terrestre y del mismo sistema planetario. Si estos movimientos han dejado su marca «en las capas de la tierra y en el aspecto de los mares; en la flora y en la fauna; en los dominios del microscopio y en los del telescopio; en todas partes como inseparables de la ley de la materia, ¿quién podría, pues, impedir su cumplimiento en el hombre?» (223-224).

«Ley de la materia...», y por lo mismo, sin ningún vestigio de sustrato trascendente. Se trata, en último término, del ideario utilitarista y positivo que tanto influiría en la mentalidad ilustrada de la segunda mitad del siglo XIX en Hispanoamérica, poderosa corriente que dio impulso y justificación a su devoción y confianza en las ideas radicales, «las únicas poderosas para incorporar de su atonía a este moribundo que se llama Colombia» (*Protesta*, I: 136). Ellas orientaron el espectro de sus concepciones sociales, políticas y religiosas. Su virulento anticlericalismo:

El siglo pasado rió con Voltaire de todas las supersticiones, y al son de esa carcajada que él heredó de Rabelais, vinieron al suelo tronos y altares, sacerdotes y dogmas. Nuestro siglo con seriedad imperturbable refrenda las conquistas del anterior y hace su tarea. Ya el Dios *católico* está juzgado, y vencido, y condenado... y caerá! (*Juicio crítico*, II: 200)

También su solidaridad con los oprimidos de la tierra: «Hay una honda diferencia entre los que creen en la intervención de un poder desconocido en el mundo y los que pensamos que en los hombres solo se cumplen leyes naturales. Los unos ven hacia los astros; los otros, hacia sus semejante» (Doy fe. Prólogo a *Los desgraciados*, poema de Julio Añez, III: 77); sus apreciaciones como crítico literario, su tendenciosa preferencia por la poesía de ideas, vehículo el más adecuado para ventilar los graves asuntos que aquejan a la humanidad. Esta concepción de la poesía como herramienta para «traducir» las dichas y dolores del género humano, lo llevó al firme convencimiento de que la poesía no podría ser otra cosa que «poesía revolucionaria», capaz de «producir el efecto que se busca» (*Poesía revolucionaria*, II: 254). Y si bien afirmó que esta debería ser, ante todo, gran poesía —que de otra forma no habrá «ni tal poesía, ni tales versos, ni tal asunto»—, ello no redime su juicio crítico del espíritu de partido en una época en que el hecho literario no se había librado aún de la tutela política y religiosa, pues como afirma el crítico David Jiménez, la una venía con la otra: de ahí que «dividir a los críticos literarios en conservadores y liberales era lo mismo que dividirlos en católico



## Juan de Dios Uribe

*Por Tomás Carrasquilla*

¡El Indio..! « ¡De pie para cantarla que es la patria!» ¡Este hombre! ¡Yo no sé qué será este hombre! Espíritu celeste o satánico, es lo cierto que a mí me fascina y me embruja. No será un genio, tal vez ni un pensador; pero en eso de revelarse por medio de la forma, se me antoja que nadie le supera en nuestra lengua.

¡Nadie! En la evolución contemporánea del castellano, ninguno puede comparársele como estilista, ni en las Américas, ni en la Península. Picón el aristócrata, Emilia la gallarda, Ricardo León el de las músicas, Bécquer el divino, se me hacen pálidos junto a este Petronio del prosal. Alguien le ha comparado a Montalvo, poniéndole debajo de este autor. ¡Oh santa libertad de opinar! No existieras, y fuera a la pira quien tal afirmara. Montalvo, el de los perendengues rebuscados, el de los muestrarios gramaticales, el acervantado, que pierde su personalidad, ¿superior a Juancho Uribe?

La prosa del Indio es única y soberana en los dominios de la lengua hispánica. Su corte, su estructura, su numen, aquel casticismo hipócrita, aquella limpidez helénica, aquel matizar suyo, aquella variedad en la unidad son su secreto, que solo el

Indio poseyó. Amoldar la palabra y el tono de la idea, con filosofía y hermosura, no es tan factible, por más recursos gramaticales que se tengan. Las ideas pueden afluir como un torrente: pero al darles la forma adecuada, la forma verdadera, el torrente se convierte en gotas. En este sentido, toda lengua es deficiente. Pero a una percepción tan luminosa como la de Uribe Restrepo, a un acopio ideológico tan bien metodizado, a un pensar tan seguro y tan pujante, no le ponen trabas las dificultades de expresión. Tal como el pensamiento formula, tal se produce. Y tanto, que sus escritos más concienzudos fueron dictados a los cajistas. Desde los ministros bélicos, como la de la cabeza de José, la deidad soberana de la sabiduría.

Este hombre, que así labora, hizo de Epifanio uno de los análisis más certeros y originales que en las letras españolas se hayan conocido. Establece en él uno como paralelo entre Gregorio y Epifanio. Por eso he dicho que estos tres hombres –Epifanio, Gregorio y Juancho– están ligados en un haz de gloria. Ya los tres han vuelto a reunirse en el alcázar de la muerte. Allí irradian en su transfiguración. Nosotros, los pobrecitos de la mancha de tinta, ya podemos evocar esos espíritus de luz.

Para sus tumbas flores; para su memoria veneración sempiterna.



## *Juan de Dios Uribe*

*In memoriam*

*Por Antonio José Restrepo*

Las obras de Juan de Dios Uribe no necesitan de recomendaciones. Este libro es el mejor elogio de su autor. Cosmopolita como Montalvo –con quien se le compara frecuentemente– y a quien aventaja en profundidad de ideas, brío y movimiento, si no iguala en la riqueza del léxico, fue como el sin par ecuatoriano, desterrado, peregrino, admirador y admirado de los varios países hermanos donde posó su planta. Estado Unidos, Venezuela, Centro América y Ecuador –donde vino a morir sirviendo la causa de las ideas revolucionarias que bullían en su cerebro y en aquel nudo de volcanes– le vieron sucesivamente, como un meteoro ígneo, esparciendo las llamas de su genio, ahora como torbellinos de lava, quizá como reflejos plácidos de la luz tibia de su corazón, inflamado para el bien y el amor de sus hermanos. Dondequiera fue el mismo, consecuente y sincero, recto, altivo y veraz, dulce y afable al propio tiempo. Todos cuantos le conocieron y trataron amáronle como amigos, aunque discreparan de sus puntos de vista y lo tuvieran en veces por errado en sus conceptos, aberrante en sus predilecciones y no siempre

justificado en sus odios. Bien nacido, criado al amor de un hogar de excelsas virtudes –donde el fervor por la ciencia y la verdad era hereditario– surgió a la vida intelectual en Popayán, al estallido de la guerra de 1876-77, y oyendo perorar a Conto y David Peña en las Sociedades Democráticas de Cali, al resplandor de las armas que iban con él y con su padre y correligionarios a vencer en Los Chancos, el Arenillo y Manizales. Vio el desastre de Antioquia, su tierra nativa que adoraba, en el empeño de esa guerra religiosa, presagio de males que aún no acaban. Vino a Bogotá, siguió informales estudios de Filosofía y Letras, conoció y trató a nuestros grandes hombres, tomó parte en luchas candentes de la política de entonces, fue diputado y periodista, agitador de las masas en las sociedades de salud pública y tuvo desde entonces a Núñez y su reforma reaccionaria católica por el enemigo capital de sus existencia. Combatir esa reacción, avivar el fogón de las ideas perseguidas y en eclipse cuando ya la traición se consumó; provocar la guerra de restauración, con elementos de aquí y de cuantos nobles convecinos quisieran ayudar en esa campaña de liberación, ese fue el afán de sus afanes, la meta de sus esfuerzos, el anhelo de su alma combativa. Su arma fue la pluma, preparando los caminos a la espada; pues Juan no conoció el miedo en ninguna de sus manifestaciones, y así concurría al campo de la batalla; como encabezaba el motín y daba una bofetada o un mentís a quemarropa. Escribió prosa desde muy joven, pero no comenzó a publicar sino en 1880. Su estilo fue siempre el mismo, es decir, inimitable, desde el primer bosquejo hasta su *Canto del cisne*, el Prólogo a las Poesías del que aquí stampa estas palabras. Poco antes de morir, al expirar el año de 1899, apenas sin cumplir los cuarenta años, cediendo a instancias nuestras, nos encomendó la publicación de sus escritos, advirtiéndonos que él no les daba importancia ninguna, pues eran breves plumadas nada más, chisporroteos instantáneos de la oscilante lámpara que en las posadas de sus destierros alumbraba sus hora de soledad y rabia. De rabia nada más y de coraje inextinguible, como que la melancolía y las lamentaciones amaneradas jamás se avinieron con su carácter entero y belicoso.



## Juan de Dios Uribe

*Por José María Vargas Vila*

Alguno dijo, y se ha repetido después hasta la saciedad, que así como las nubes toman la forma de los países que atraviesan, los hombres tienen en su imaginación mucho del país en que se desarrollan y del medio en que viven. Colombia, cuyo clima varía de sus costas a los Andes en todas las gradaciones, desde el calor insoportable de los trópicos al frío de las nieves eternas, confirma en sus poetas y escritores esta aseveración.

Cuando se nace en Bogotá, allí muy alto, bajo un cielo azul y sereno, besado por las brisas de la sabana y las ráfagas de los páramos orientales, se tiene esa imaginación severa y fría, esa inspiración levantada pero sin gran colorido, fantasía pálida y nebulosa de las creaciones alemanas y las leyendas escandinavas; tierra de estudio más que de genio; de cultivo, más que de espontaneidad; de arte más que de inspiración; de clásicos más que de talentos; literatos más que poetas; se vive ebrio de misticismo y ahito de antigüedad; se es un Don M. A. Caro, es decir, lo clásico mediocre.

Si se nace aún más alto, allá en las tierras del Zaque, patria de talentos generosos e inspiraciones bíblicas, se tiene ese acento profético y sonoro, ese estro en cuyas creaciones parece oírse el

rumor de las palmas de Judea, el gemir del viento entre cedros del Líbano, o el sonido de los torrentes del Cedrón; entonces, se es un Don José Joaquín Ortiz, es decir, lo místico-sublime.

Mas, se refleja de tal modo el país en la imaginación del hombre, es tan severa la teoría del medio, que si se nace allá en los declives de la cordillera, en esas tierras algo pantanosas y mefíticas, patria del bocio, entonces hay imaginaciones enfermas que reproducen perfectamente aquel cuadro; entonces se es idiota, se usa una especie de cretinismo literario, y se llama Carlos Martínez Silva; es decir, lo ridículo.

Y si se ha nacido en las riberas del mar, bajo aquel sol de fuego, con los arrullos de aquel gigante encadenado, frente a aquel horizonte infinito, entonces los privilegiados parecen concentrar en su mente todos los fulgores de aquel cielo, llevan en su fantasía todas las galas de aquella zona, vibran en su acento todos los murmullos de aquella brisas y las tempestades de aquel océano, y son: Diógenes Arrieta, es decir, lo bello; Rafael Núñez, es decir, lo sombrío.

Y si se ha nacido en el Cauca, en aquella naturaleza, espléndida y soberbia; en aquella tierra en que todo es grande, hasta el delito; tierra de todos los fanatismos, desde el de la religión hasta el de la libertad; allí donde el valor raya en el prodigio y la ferocidad en lo salvaje; allí donde crecieron con sus grandezas y delitos, Mosqueras y Arboledas, entonces se concentra en sí toda aquellas grandezza; se es literato, poeta, guerrero, orador, filólogo y periodista; se es un César Conto, es decir, lo fecundo.

Juan de Dios Uribe. No nació en ninguna de aquellas partes, pero vio la luz en Antioquia, la tierra del oro y las leyendas, de las quiebras profundas y las montañas vírgenes, de las selvas oscuras y silenciosas como moradas drúidicas. Allí donde la vegetación y los hombres, todo, tiene la fuerza y la naturaleza primitiva; donde a cada paso en el desierto se oye el trino de un ave y a cada paso, en la ciudad, se oye el canto de un poeta. Allí donde fue a morir Ricardo de la Parra, el hombre de la naturaleza; donde nació y murió Camilo Antonio Echeverri, imaginación esclarecida y

palabra de trueno; donde cantó la musa silvestre y cuasi pastoril de Gutiérrez González; donde se enferma de dolor y se enloquece de genio; como Epifanio Mejía. Allí nació Juan de Dios Uribe. Su alma se impregnó en la infancia de la majestad de aquellos paisajes retratados en su retina, de aquellos ruidos imponentes que arrullaban sus sueños, de aquella calma sublime que se extendía en torno de él. Aún era un adolescente cuando fue trasladado al Cauca, a las haciendas de su padre.

El cuadro varió en lo abrupto, pero no en lo majestuoso. Allí, entregado a las rudas faenas del campo, desarrolló las fuerzas físicas y la precocidad de su talento, de tal modo, que cuando vino a Bogotá ya era un hombre por la fuerza de su musculatura y la solidez de su inteligencia.

Posterior a Ezequiel Rojas y Rojas Garrido, eso dos zapadores de las modernas ideas que dieron el ¡alto, quién vive! a las viejas preocupaciones hasta hacerlas reflejar hasta sus primeras posiciones, y que fueron los maestros después de todo los que en Colombia, en más alta o baja escala, hemos atacado aquellos absurdos: Juan de Dios Uribe fue discípulo aprovechadísimo y luego soldado admirable de aquella legión de pensadores.

Desde su aparición en el colegio, Juan de Dios Uribe se hizo notar.

No tiene en su acento la armonía seductora de Arrita, ni la facundia abrumadora de Antonio José Restrepo; pero hay en su frase revolucionaria, un acento convencido, un atractivo irresistible, y así fue, desde luego, uno de los primeros en aquella juventud innovadora y ardiente, llena de luz y de ideales.

La vida de Juan de Dios Uribe puede encerrarse en una palabra: combate.

Su historia se corrió en los claustros del colegio, la plaza pública, el periodismo y el destierro.

Los años de su vida pública fueron para el ardiente polemista de recia batalla.

En guerra ardiente con el fanatismo y las preocupaciones, no dio tregua a la lidia. Ya acosado por sus contrarios, ya acosándolos hasta en sus últimas guaridas, pero siempre incansable.

Cuando estalló la revolución de 1885, Uribe, enfermó de gravedad, no pudo ir a los campamentos, como lo había hecho, casi niño, en 1876, cuando lidió heroicamente en el Cauca al lado de Trujillo y de Delgado; y víctima de las persecuciones, pasó en mortal expectativa estos meses de agonía del liberalismo, sintiendo en el corazón cada tiro que precipitaba un amigo a la tumba, o cada fracaso que apresuraba la gran catástrofe.

Cuando después de consumada la ruina liberal, reinantes la autocracia y el fanatismo, hubo una especie de interregno con la administración del señor Payán, y la prensa amordazada tuvo un remedo de libertad, Juan de Dios Uribe, enfermo todavía, asomó en la prensa su cabeza soberbia, su perfil de hebreo irritado, que recuerda a Armand Barbes, y fundado «El Correo Liberal», hizo de él el azote y el terror de sus contrarios.

Arrojado Payán de la presidencia, Núñez volvió a imponer el silencio.

En esta última convulsión de esa bestia feroz, llamada del despotismo colombiano, el periodista fue aventado lejos. La tiranía lo halló digno del destierro.

Los brazos de la madre, el cariño de los hermanos, las comodidades del hogar, todo tuvo que dejarlo para emprender el camino del ostracismo, que se extendía árido y solitario a su vista.

Los Estados Unidos primero y Venezuela después, le dieron asilo.

Volvió de nuevo a la patria, y de nuevo volvió al destierro.

Condenado a la deportación, escapó de la isla insalubre donde todos se morían, y ganó tierras de libres, desembarcando en Nicaragua.

De allí fue a morir al Ecuador al lado de aquella gran gloria, cerca de aquel gran caudillo que se llama Eloy Alfaro.

Allí duerme para siempre el polemista invencible.

La sombra de Montalvo lo custodia.

Y es que Uribe no era tan solo un gran talento, sino también un gran corazón.

La lucha no agrió su carácter, el infortunio no lo debilitó.

En la despreocupación de su ánimo, que se traslucía en el desenfado de sus escritos, había momentos en que parecía que, volviendo la espalda a la sociedad, conversara con lo desconocido.

En su estilo, como en su acento, había algo raro, pero sublime, al hablar de los ideales del porvenir; y oyéndole se sentía algo semejante a cuando uno se inclina en la altura de nuestras cordilleras para ver un abismo, en cuyo fondo brilla el rayo de la luz, que allá, muy abajo, juguetea en el valle.

Uribe fue para los fanáticos una pesadilla.

Para los tiranos una amenaza.

Para los liberales un orgullo.

A los tímidos les parecía violento, a los débiles arrebatados.

Mañana, cuando se juzgue la época en que vivió, las preocupaciones con las cuales tuvo que luchar, y los tiranos que atacó, apenas lo hallarán justo.

Uribe fue: como revolucionario una mezcla de Dantón y Desmoulins, pero más noble que el primero, y más valiente que el segundo, y con más talento que ambos.

Es el Jules Vallés americano.



## *Juan de Dios Uribe*

(El Indio)

*Por Baldomero Sanín Cano*

Todas las circunstancias favorables se unieron para hacer de Juan de Dios Uribe el primer escritor político de Colombia, un gran descriptor de la naturaleza y de las costumbres, un crítico de gusto refinado y el más alto representante de la invectiva justa y resonante. En su familia hubo un gran escritor político de altas dotes, Juan de Dios Restrepo, maestro igualmente en la descripción de las costumbres y en la observación de los móviles humanos. Fue su madre persona de talento perspicuo, de vastas lecturas y de un criterio raro entre mujeres para juzgar fríamente las acciones ajenas. Su padre amó la ciencia y las letras con desinterés y constancia. Penetró las interioridades del cuerpo y del alma humanos, y, atento observador de las alternativas sociales, buscó el origen de las costumbres civilizadas estudiando, como los sabios de su tiempo, las costumbres de los salvajes y haciendo vida común con las tribus no sometidas aún a la vida civil. El ambiente en que empezó a crecer Juan de Dios Uribe fue en sus más señalados aspectos un ambiente literario y científico. Nació en Andes, población nueva de Antioquia, en las faldas de

la cordillera Occidental, en las vertientes del Cauca antioqueño, a la vista de farallones, profundas y estrechas quebradas y ríos tumultuosos. Estudió en la Escuela Normal de Popayán, y en los alrededores de esa villa, comparándolos inconscientemente con las abruptas apariencias de su ciudad natal, donde había observado la obra de las fuerzas indómitas del planeta, aprendió a gustar la gracia, asociada milagrosamente a la fuerza, en las lejanías del paisaje. Dos ambientes disímiles y remotos educaron su capacidad de observación ante los aspectos del paisaje. Más tarde, Bogotá, suspendida entre cerros y una llanura gris y unánime, vino a enriquecer su sentido moderno de la naturaleza, que poseyó en generosas y hondas proporciones y supo verter en prosa con una delicadeza y originalidad de visión desconocidas hasta entonces en la literatura de estas partes.

Vino a la vida de la razón y del combate social en un momento de la historia colombiana especialmente digno de estudio y de memoria por haberse señalado con el choque violento de las creencias, exacerbadas por el clero, contra las opiniones de los hombres imbuidos en la necesidad de analizarlo todo, que señalaban en otra banda derroteros a las inteligencias capaces de entenderlos. Asistió a la lucha tenaz, de cada día y de cada momento, de los dos partidos que defendían sus principios en una prensa de libertad absoluta cuyas expansiones vinieron a dar por resultado una de las guerras civiles más injustas por parte de quienes la promovieron y más trágicamente fracasada en la historia de nuestras contiendas internas. Presenció la lucha, admiró a los conductores de parte gibelina y luego presenció en Bogotá las amargas e interesantes controversias políticas de prensa y parlamento, que sirvieron de prolegómenos a la guerra de 1885 y a la desventurada evolución política que fueron resultado de la represión violenta de las libertades y el retroceso político de la nación a las hordas españolas del régimen de Calomarde.

La familia, el ambiente físico, el clima político, convergieron en un problema geométrico para la producción de una inteligencia literaria de primer orden y para favorecer su desarrollo en forma

original y completa. Sus contemporáneos le llamaron «El Indio», sin duda por los estudios del padre sobre la raza indígena. Su tipo era blanco.

Sus predilecciones naturales movieron hacia la prensa sus actividades. Amó la lucha por temperamento. Eran igualmente vivaces, agudas y sinceras sus simpatías que la repugnancia de su temperamento y el medio en que hubo de desenvolverlas fue especialmente propicio a su desarrollo, porque, el origen de la transformación política que combatió durante su vida y de que fue víctima animosa, suscitó en el país desesperadas resistencias morales y de hecho.

Las virtudes más excelsas de su prosa política fueron la fuerza, la claridad y la gracia ondulante escondida entre los pliegues de un idioma sabio e intolerante con las más leves desviaciones contra su puro genio. No era el escritor pacato, lleno de terror ante el uso de vocablos o giros que pugnasen con el código gramatical: era el prosista dueño de su instrumento, capaz de tañerlo en la generosa amplitud de sus escalas y recursos. No da la impresión del jardín erudito sino de la fronda al natural acomodada al clima y la bondadosa feracidad del suelo. Al erudito la dicción «indiana» le da ante todo el gusto de la corrección perfecta: en tal concepto coinciden Unamuno y Gómez Restrepo. Al lector desprevenido y de pocas letras lo avasallan la naturalidad, la fuerza, lo original y precioso de los epítetos, la armonía liberal entre el concepto y la frase, la honradez inexpugnable del pensamiento y la helénica y fugitiva gracia del conjunto.

Como se ha dicho, el ambiente político favoreció en grande escala el desarrollo de sus naturales talentos y de la plenitud de sus aspiraciones. No se crea, sin embargo, que la invectiva, en que fue maestro insuperado en su tiempo, era la sola forma literaria en que su pluma se elevaba al ápice de la expresión escrita: en los retratos instantáneos hace justicia a las cualidades de algunos personajes con cuyas ideas no podía tener contactos de simpatía. En otros casos la alabanza justa, dignamente y con adecuada belleza expresada, con aplicación al personaje por él admirado,

se limita con criterio desapasionado y justo. De Montalvo, por ejemplo, dice:

El rollo de la palabra de Montalvo abrumba; ha plantado una nueva floresta del idioma y se va por ella como un salvaje grandioso a caza de fieras y reptiles. Se requiere iniciación para comprenderlo y gusto literario para admirarlo en sus pormenores artísticos; diré también que hay que prevenirse para no caer en sus extremos, porque se deja ir en el aerostático de su fantasía y sin ser un ortodoxo es en ocasiones místico... Ningún escritor hizo, por otra parte, mejor uso de su talento. Azotó a los pícaros en la plaza pública, colgó a los tiranos en una horca que puso sobre los Andes y sacó a la vergüenza los vicios del clero, con un buen humor que da escalofrío.

Sería de observar que la mística tiene en literatura el mismo derecho a expresarse que el seco materialismo. Quevedo es escritor de alta jerarquía lo mismo en sus obras jocosas que en sus trabajos de interpretación de las verdades teológicas. La mística de buena fe, no enseñada por encargo, ni practicada para ganar distinciones o gajes, tiene su puesto en las letras de todo el mundo, como la novela o el drama.

La mitad de la obra pensante de Uribe y casi todas sus actividades y peregrinaciones, está dedicada a defender la libertad y a difundir las ideas liberales. Estaba en su temperamento el dedicarse a esa propagación. La suerte le favoreció haciéndole llegar a la plenitud del conocimiento en una época en que las libertades yacían por el suelo en Colombia y estaban amenazadas o ferozmente limitadas en otros lugares del trópico. Luchando contra esa calamidad de los tiempos, su pluma, su conciencia, sus nociones de ciencia y arte se alimentaban a sí mismas. Coincidió de tal manera su temperamento de luchador con las necesidades de los tiempos en que le tocara vivir, que la notoriedad tristemente conmovedora de las administraciones colombianas de la época y algunas de sus pobres celebridades momentáneas yacerían hoy en el

olvido de no haber recibido los merecidos azotes de ese vengador de la patria. Las inmortalizó en su daño.

Tuvo, como ya se dijo, en sublimada calidad el sentimiento moderno de la naturaleza. Echemos la vista sobre este diálogo con uno de sus grandes amigos, cuya muerte, en defensa de la libertad y de los desvalidos, proyecta aún sombras de vergüenza sobre el Continente:

«El último día del año de 1893 me sorprendió a orillas del Pacífico, por primera vez visto por mis ojos. Tenía el honor de acompañar a Eloy Alfaro a una de sus empresas libertadoras».

« ¡Oh, me dijo el viejo proscrito señalándome el océano: amémosle mucho, que sus ondas bañan las riberas de la patria! ».

Los amos nos vedaban el sol nativo y el pan de nuestras cosechas; estábamos fuera de la ley que ampara y de la tierra que sustenta, y se atropellaban en mis labios las sílabas indómitas del odio en aquella mañana de diciembre. La naturaleza solo es bella en la libertad de pensamiento. Buscaba hacia el sur, en vano, mi radiante Colombia de otros tiempos, la macabea, la madre de vientre fecundo, bendito tres veces por la libertad, por la república y por la ciencia. El naciente sol abría grandes y nuevos espacios sobre las aguas; las olas contra la playa aligeraban su fatiga en su gran sollozo; la brisa traía las frescuras y los olores marinos; los alcatraces desarrollaban sus escuadrones en el espacio... Buscaba en vano la patria; allá abajo el monótono océano resonante y las estériles costas. Luego aparece Colombia en mi mente, como una llama, que ya es una antorcha, que ya es una sombra, que ya es una mancha... ¡nada!.

Fue también narrador de altas dotes y en su descripción del campo de batalla de Los Chancos dejó muestras de esta milagrosa capacidad y de sus dones excelsos como poeta descriptivo. Es de retener en la literatura española esta visión del campamento y de los hombres que tomaron parte en la batalla de día anterior:

Al otro día de la batalla de Los Chancos (31 de agosto de 1876), vi a Jorge Isaacs, de pie, a la entrada de una barraca de campaña. Pasaban las camillas de los heridos, las barbacoas de guadua con los muertos, grupos de mujeres en busca de sus deudos, jinetes a escape, compañías de batallón a los relevos, un ayudante, un general, los médicos con el cuchillo en la mano y los practicantes con la jofaina y las vendas. Trujillo que marcha al sur, Conto que regresa a Buga, David Peña a caballo con su blusa colorada, como un jeque árabe que ha perdido el jaique y el turbante... el mundo de gente ansiosa, fatigada, febril que se agolpa, se baraja y se confunde después de un triunfo. El sol hacía tremer las colinas, la yerba estaba por el rayo, el cielo incendiado por ese mediodía de septiembre y por sobre el olor de pólvora y los cartuchos quemados, llegaba un gran sollozo, una larguísima queja de los mil heridos que se desangraban en aquella zona abrasada, bajo aquel sol que desollaba la tierra. Isaacs remplazó el día antes a Vinagre Neira a la cabeza de los Zapadores, y, como su primo hermano César Conto, estuvo donde la muerte daba sus mejores golpes. Yo le vi al otro día en la puerta de la barraca, silencioso en ese fluido de la guerra, los labios apretados, el bigote espeso, la frente alta, la melena entrecana, como el rescoldo de la hoguera; y con su rostro bronceado por el sol de agosto y por la refriega, me parecieron sus ojos negros y chispeantes como las bocas de dos fusiles.

Beyle y Tolstoy dieron idea de las batallas de Waterloo y Borodino siguiendo las impresiones y las observaciones que desde varios puntos de mira hacía un participante en la batalla. La humana visión en el retrato de Stendhal arrebató la curiosidad del lector y difunde su atención por todos los rincones, a donde los lleva la capacidad descriptiva del autor. La milagrosa del genio tolstoiano parece que reflejara sobre las concavidades del firmamento la visión de la gran batalla de la Moskowa para que pudiera observarla un moribundo que empezaba a desinteresarse de las cosas humanas. Las páginas de Uribe, en la descripción de la mañana siguiente a la batalla de Los Chancos, tienen la originalidad de sugerir, en un

panorama de alegría y de felicitaciones, el ambiente caldeado de la batalla ocurrida en el día anterior y la magnitud de las ideas que allí se dieron a tremenda prueba.

Aunque gran narrador, como se ha dicho, no es esta la calidad fundamental de Uribe en sus hazañas de escritor; «hazañas» está bien dicho, porque cada una de sus obras minúsculas deja la impresión de una estupenda aventura. Pone en cuanto escribe toda su alma, y apenas por excepción hace un esfuerzo para explicarse la situación de sus contendores. En el diálogo su pluma vacila y en ocasiones decae. Era Uribe un temperamento de escritor que anda siempre revolviendo las ideas. Tuvo muchas, las acariciaba con deleite, retozaba con ellas, pero le negaba carta de naturaleza a las opuestas. Su pensamiento estaba tan lleno a todas horas, que el diálogo le resultaba una forma de abdicación. Llevaba consigo mismo un eterno monólogo de la razón contra sus enemigos, a quienes apenas les concedía el derecho de contradecirle. Fue un perfecto contradictor de las ideas contrarias a los principios de libertad por él aceptados como intangibles, pero careció de la estupenda mala fe de los polemistas. Jamás entabló con nadie lides contradictorias de pensamientos. Lanzaba sus ideas a la plaza pública con el fervor de la convicción y en arranque de entusiasmo, pero no tuvo la paciencia necesaria para escuchar a los disidentes ni la ingenuidad requerida para contradecirlos. Por eso en sus narraciones el diálogo flaquea forzosamente. El monólogo era la forma natural de expresión para un talento que se contemplaba a sí mismo.

Fue una facilidad incomparable frente a las hojas de papel que reclamaban el talismán de su elocuencia. Me dijeron alguna vez sus amigos que con frecuencia cuando hacía prosa para «La Siesta» eliminaba el intermedio de la maduración sobre el manuscrito. Llegaba de la calle a las dos de la madrugada, iluminado artificialmente; y para atender a la premura de las circunstancias, colocaba delante de sí al cajista, con la galera en la mano, y le iba dictando febrilmente las frases que al día siguiente escandalizaban ciertos ambientes, mientras otros abrigaban el regocijo de las mentes caldeadas por la pasión de ser libres.

Tuvo para ejercer la crítica literaria vocación manifiesta: gusto firme, vastas y bien digeridas lecturas, juicio independiente, admiración documentada de lo bello donde quiera que lo encontrase. Sin embargo, su temperamento de luchador se sobrepone a menudo, en sus trabajos de crítica, a la fría percepción del analista. De esto hay ejemplos en el estudio sobre «La Tierra de Córdoba», de Isaacs, y en sus apasionadas y melancólicas excursiones por la poesía, la vida y la locura de Epifanio.

Al pie del monumento que se le ha erigido podría ponerse:

*El genio literario de la invectiva política: la frase más natural, más pura y más graciosa entre los escritores de su tiempo.*



## Introducción

Un buen día del año de 1857, procedente de la ciudad de Antioquia y en busca de los trabajos de minería, que en las márgenes del San Juan y en el sitio denominado Rioclaro (entre los municipios de Andes y Jardín), tenía establecidos su cuñado, el escritor Juan de Dios Restrepo (EmiroKastos), apareció por el poblado un joven galeno en compañía de su esposa. Llamábanse, él, José Vicente Uribe Restrepo; ella, Leonor Restrepo Ramos. El, un trashumante de la quimera, quien después de recibirse de médico con todo lucimiento en el Colegio Nacional de Bogotá, el 25 de febrero de 1853, habíase regresado a sus lares paternos de Titiribí, en donde sus genitores don Agapito Uribe y doña Teresa Restrepo, vivían en compañía de sus restantes hijos.

Antes de conocer a su consorte había trasegado por todos los vericuetos del Estado, residiendo, por corto tiempo, en varios de los principales municipios. También había explorado las selvas del Chocó en busca de las variedades del prodigioso árbol de la quina, pues sus densos conocimientos de la botánica, adquiridos bajo el profesorado del doctor Bayón, despertaron en su espíritu, ansioso de investigación, el deseo de catalogar las variedades existentes de la preciosa «cáscara». De aquella odisea por las

entonces intransitables selvas vírgenes chocoanas, hace un vívido relato su biógrafo y amigo, el doctor Juan de Dios Carrasquilla.

Los esposos Uribe Restrepo fijaron su residencia en un rancho pajizo situado en el costado norte de la plaza y sobre la esquina de la calle «Tacamocho». Allí el médico abrió consulta para la escasa clientela que le visitaba, y que a la vez servía también de oficina para los negocios de la mina, que en compañía de EmiroKastos explotaba.

Dos años más tarde aquel hogar era alegrado con la presencia del primogénito; de ello damos noticia con la **partida de bautismo** que a la letra dice:

Diócesis de Jericó.- Vicaría Foránea de San Pedro Claver.- Ministerio Parroquial.- Andes.- El infrascrito cura excusador de la parroquia de Andes, Certifica: Que en el Libro II de bautismos, correspondiente al año 1859, en la página 49, se encuentra una partida que a la letra dice así: En la capilla de San Juan de los Andes, viceparroquia de Concordia, a diez y siete de octubre de mil ochocientos cincuenta y nueve, Yo, el coadjutor de ella, residente en ésta, bauticé solemnemente a un niño de tres días de nacido, a quien nombré JUAN DE DIOS DE MARÍA, hijo legítimo de José Vicente Uribe y Leonor Restrepo, de este vecindario; abuelos paternos Agapito Uribe y Teresa Restrepo; maternos Francisco María Restrepo y Leonor Beatriz Ramos, padrinos estos

últimos a quienes advertí el parentesco y obligaciones que contrajeron. Doy fe. -Juan C. Posada.- Rubricado.- Es copia expedida en Andes a veintisiete de diciembre de mil novecientos treinta y siete. Fdo., Juan Bautista Aguirre, Cura Excusador.

## Partida de Defunción

Como Tesorero de la Sociedad Funeraria Nacional, y a petición de parte interesada, informo: En el Libro del Cementerio de San Diego, de esta ciudad, en la página 81, consta la partida de doce sures por derechos de inhumación del cadáver del señor JUAN DE DIOS URIBE, el once de enero de año de mil novecientos, quien fue enterrado en el nicho número 107 de la Serie tercera de adultos.

*Quito, 26 de mayo de 1951*

Tiene un sello que dice: Tesorería de la Funeraria Nacional.



*Capítulo I*  
*El Panfletario*

*Excomuni6n*

Una alb6ndiga que aqu4 conocimos mucho y probamos; que solo por su lado salvaje le pudieron echar encima la mitra; un hombre que dir4 el Padrenuestro en una sola lengua... estofada; ese ha decretado lo siguiente sobre el peri6dico de Fidel Cano:

Nos, Bernardo Herrera Restrepo, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apost6lica, Obispo de Medell4n,

Por cuanto el peri6dico titulado *El Espectador* en muy repetidas ocasiones ha atacado los dogmas y pr4cticas de la Iglesia Cat6lica, y el n6mero 33, de fecha 3 de los corrientes, ha publicado un art4culo que, por las calumnias y aseveraciones que contiene es sobremanera ofensivo a las doctrinas de la misma Iglesia Cat6lica, Apost6lica, Romana, y a la venerable persona del Sumo Pont4fice, vicario infalible de Cristo en la tierra,

## Decretamos

Ningún católico de nuestra diócesis puede, sin incurrir en pecado mortal, leer, comunicar, transmitir, conservar o de cualquiera manera auxiliar el periódico titulado *El Espectador*, que se publica en esta ciudad.

El presente decreto será promulgado en todas las iglesias de nuestra diócesis, y leído para conocimiento de los fieles en dos días de fiesta y en todas las misas que en estos se celebren.

*Dado en Medellín, a 4 de febrero de 1888*

*Bernardo, Obispo de Medellín*

*Eladio J. Jaramillo, Secretario*

¿Podrá haber, decimos, inverecundo mayor? Osa el cuitado de la iglesia hablar de pecado mortal si se lee *El Espectador*, cuando, conforme a la misma doctrina del Galileo, el obispo no puede entrar a los reinos de los cielos, porque no ha dejado su plata a los pobres y sí recibe proventos de los menesterosos para llevar a su arcón bien repleto.

Fidel Cano es un trabajador en castellano; un obispo es un recaudador en el latín. La diferencia es sensible: el periodista quema su vida, como resina, para alumbrar; el obispo chupa, como la cigüeña, el aceite de la lámpara.

Si cada antioqueño quiere cumplir su deber de precaverse, debe conseguir un retrato de este obispo, que Buffon clasificaría entre las bestias.



## *Semana Santa*

Después de los trescientos sesenta días corridos desde abril de 1883, vuelve ahora la semana suculenta de los sacerdotes. No es suficiente que cada iglesia tenga veinte santos, que cada santo tenga mil devotos, y que cada devoto dé a los curas la contribución de su ignorancia en forma de pesos y de víveres; es preciso todavía que haya una semana más productiva, mejor dotada, en la cual nadie pueda, de esta o de la otra manera, evitar que el bolsillo repleto pase a la faltriquera de los ministros del altar. Estamos en plena Semana Santa: ¡hurra por el adelanto!

¿Qué se celebra en estos días? La pasión y la muerte de Jesucristo, se os dirá; y observad que se sienten tanto las penas de Jesús, que es, ahora mismo, cuando ellas se conmemoran, cuando los comerciantes venden sus telas más preciosas y más caras, y los dueños de cantinas sus más exquisitos licores, las jugosas carnes y pescados, y las más sabrosas conservas de las fábricas de Europa. Es ahora cuando los vasos de cristal, de porcelana y de alabastro se llenan en las salas con las flores de matices más vivos. Se diría que nuestra sociedad, alegre, se prepara a bailar de contento, y que agradece mucho a los judíos que crucificaron a Cristo, el hermoso pretexto que le dieron al tiempo para estar de buen humor.

De ningún modo suscribimos las teorías que conducen al aburrimiento; son prosaicas y hacen que los hombres pongan la cara detestable. Pero nos agradaría que hubiera un poco de franqueza, y que cuando estemos de fiesta, no hagamos el papel de los pícaros de novela, que ríen con un ojo y lloran con el otro. Si las iglesias son lugares misteriosos de citas galantes, si allí concurren las parejas divertidas que se quieren; entonces que el gordo sacerdote no nos importune con sus sermones aprendidos en manuales indigestos de oratoria sagrada, y con la misa, que hace tomar una dolorosa e incómoda posición; que en vez de saborear él solo su vino, prepare un banquete para todos, se ponga un mandil, como quería José Nakens, y escancie el rojo licor en copas de oro para que pueda aplaudírsele como a simpático Ganimedes. Que el órgano no dé al recinto sonoro sus notas tristes, que hacen entumecer los nervios y pensar en los difuntos, sino la plácida barcarola y el torbellino de notas que convida al baile precipitado; que los jóvenes gargantas de niños y de niñas, que gritan tan lúgubrememente los salmos de la Iglesia, hagan correr por el viento el trino alegre de los pájaros en primavera, o la dulce cantinela con que despierta la serenata a la mujer que se ama. Amamos la belleza artística y querríamos que el Jueves Santo se quemaran en holocausto al arte esos varones y esas hembras de palo que guardan los nichos; figuras tan feas, con cara llena de albayalde y de carmín, con los ojos de vidrio comprados donde Saunier, y con vestidos hechos por el sastre según los últimos figurines de La Moda Elegante. Nos gustaría que las procesiones no se limitaran a las calles de Bogotá, donde no se circula libremente, y que en cordial expansión, hombres y mujeres, tomaran el camino de los alrededores, para danzar sobre la yerba menuda o entregarse a pláticas amorosas a la sombra de la enramada del campo. Así se realizaría una anacreóntica de Meléndez. Bien se entiende que no sería preciso llevar los ciriales y las pesadas andas, ni las velas de cera de Castilla que manchan los guantes y los vestidos, ni quitarse el sombrero, que preserva del sol, ni arrodillarse sobre el barro cuando el señor cura se para; pero los monaguillos podrían tener su lugar en los grupos amenos, ellos son muy entretenidos con sus camisas blancas, bordadas en el cuello y en los puños, sobre el fondo purpúreo de su pequeño hábito; los clérigos, si desarrugan el ceño,

podrían ir también con sus mujeres, aun vestidos con traje de iglesia, como que recuerdan un poco las mascaradas de carnaval.

¡Ah! Pero se gasta mucha plata para hacer el coco en las iglesias, y fatigarse en las calles detrás de un borriquito el Domingo de Ramos, y detrás de los judíos, la Dolorosa, San Juan, San Pedro, la Verónica etc., etc., en otros días de la semana. Solo los clérigos, después de representar en las iglesias o en las calles el acato de la comedia que le corresponde, pueden reírse a sus anchas, en dulce compañía, al contar los montones de pesetas que arrojan a sus platillos de mendicantes, ya la ingenua credulidad, ya la opulencia vanidosa. Sería de verlos el viernes Santo a la hora de la merienda, entre manjares ricos y vinos espirituosos, recordar, ahítos ya, y satisfechos, las prebendas de la semana, y exclamar cruzando las manos como para orar:

– ¡Bendito sea el Señor que hizo morir a Cristo!

Y será muy triste, el domingo de la Pascua, ver la cara que haga el clérigo en el refectorio. Sus ojos turbios parecerá que no miran las viandas abundantes ni el licor que tornasola los cristales.

– ¿Y está indispuerto su paternidad? Preguntará el sacristán.

–No he de estarlo, bellaco, dirá el cura, ¡si Cristo ha resucitado!

*La Actualidad, 1884*



## Perfiles de la capital

Bogotá, mayo 5 de 1880

Señor Camilo A. Echeverri

Los números 1º y 2º de *La Balanza* han llegado a nuestras manos y con el agrado con que siempre hemos leído sus producciones, repasamos, más bien devoramos, esta última de su siempre brillante pluma.

Hasta ahora en el periodismo solo se había presentado el *sí* dogmático o el *no* también intransigente. La afirmación absoluta y la negación rotunda.

En la historia se había buscado *todo* o se había buscado *nada*. Los partidos sin fijarse en los hechos claros de la política, consagrados por la tradición, habían inventado, cada cual, a su antojo, una historia apócrifa de hechos mentirosos.

Donde a la luz de la filosofía estaba el mal, ellos hacían aparecer el bien; donde se hallaba el bien, no tenían embarazo en fijar el mal.

Este desconcierto acrecentado por el contingente de una ideología errada y estéril, y por una lógica de cálculos bastardos, ya en uno ya en otro partido; ya aquí, ya más allá, habían formado un *pandemonium*, un caos desolador.

Los periódicos ciegos adoradores de la libertad o místicos adoradores del cielo, habían asumido, unos el atrevido continente de Proudhon, otros la posición ridícula de Simón el estilista.

Entre Dios y el hombre; entre la materia y lo impalpable; Darwin o Fichte, esos habían sido los extremos en esta tierra.

*La balanza* se ha presentado a fusionar lo que es verdad *arriba* con lo que es cierto *abajo*, es

«El lazo que sujeta  
El mundo de la forma  
Al mundo de la idea»,

realizando así la magnífica concepción de Bécquer. Ella, pues, es un gran bien: reciba nuestro beneplácito.

Bogotá no ha cambiado: la misma monotonía de siempre; el mismo eterno frío; la misma eterna mugre; su tristeza profunda; su vegetación enclenque. Al Oriente los mismos negros peñascos; al Ocaso siempre la despoblada llanura; es el Teusaquillo que encontró Quesada, bañado apenas por un confuso rayo de civilización europea. Así como lo dejó usted, así está.

El 4 del pasado murió en Barranquilla Joaquín Pablo Posada; muy diversas impresiones ha producido en los diversos círculos esta fatal noticia.

La musa de Posada era tierna, retozona, a veces cruel, pero siempre de entonación gallarda.

Él vivió siempre de bracero con la fatalidad, como Edipo, pero jamás se dio por vencido. Altivo y de carácter indomable para los hados, ni una lágrima arrancó jamás la debilidad a sus ojos, y si su pecho se conmovía hasta decir a la mujer de sus sueños:

«Si no me das de tu amor yo moriré», también, cuando esta aspiraba a menguar su carácter y hacerse pagar en lágrimas su sonrisa, exclamaba:

«¡Yo llorar! ¿Eso quisiste?  
 ¿Lo pensaste? ¡No! soy hombre,  
 Y el que lleva este gran nombre  
 Debe sufrir y callar».

Se acusa a Posada de no haber amado jamás con toda la fuerza de la pasión y con toda la generosidad y vehemencia del poeta y los que hacen este cargo no saben que su vida fue de eterna consagración a Inés y que en 1856, vencido y ausente se reconciliaba con la mala fortuna y olvidaba las decepciones pensando en su cara esposa.

«Porque el cielo  
 Haciéndome apurar tanta agonía  
 Me ha dejado mi amor por ti, alma mía!»

Murió como había vivido, desgraciado y pobre; de manera que acertaba cuando escribía para su tumba este epitafio:

«Desnudo al mundo he venido,  
 De él me voy mondo y lirondo  
 De manera que en el fondo  
 Ni he ganado ni he perdido».

Él, en efecto, no ha perdido, pero la patria sí un gran ciudadano, y las musas un hijo privilegiado. Pensaría al morir, como dice Rafael Pombo, del mundo,

«Que aquí no hay gloria; no hay vida,  
 Ni esto es cielo, ni esto es nada?»

No lo creemos. Posada era un pensador incapaz de esas congojas supremas.

Entre *creer y negar* cabe, como usted lo ha demostrado, *meditar*. *La Balanza* nos es simpática porque su tarea es la meditación; tendrá, pues, lo repetimos, nuestro contingente.

No hay nada.

«Allá do muge el Tequendama horrísono» dirá usted señor redactor al leer lo que antecede; pero por nuestra palabra de honor, que cosas importantes reservamos para el correo próximo.

Esté usted bueno.

*Abril de la Huerta*



## Rumbos ignotos

...Para que la obra viva no es preciso que la alimente un nombre si merece vivir, y para que un nombre muera basta que la obra no tenga condiciones de existencia. Camino al desengaño va la precocidad si no tiene alas prematuramente regias.

La juventud, sin embargo, marcha por ahí; ella se finge un porvenir riente y lo que es apenas panorama de la fantasía, ya lo da por conseguido. Allá en lontananza mira cómo descubren sus ojos encantados jardines, mira cómo ellos son las flores; marmóreos palacios, y ellos son los amos; cielos radiosos, y ellos son las estrellas de esos firmamentos. En ese tiempo fragante ellos son todo, y todo es ellos. Pueden decir, y dicen sin encogimiento, lo que el Dante en una apurada situación de Florencia: «Si yo no voy, ¿quién va? Si yo me voy, ¿quién queda?»

De este torcido rumbo de la inteligencia ¿qué puede resultar bueno? ¿Qué perfecto?

Lanzaos al Sahara sin viandas para la larga travesía, sin agua para las sedes fatigantes, y a las primeras jornadas —el desierto no recogerá su longitud inmensa— caeréis sobre la arena rendidos a la ira de la sed y el hambre. Y rendidos tienen que caer en el campo de la literatura los que a cruzarlo se lanzan apoyados en endeble

caña –que es un hombre– y llevando por únicas provisiones entusiasmo y orgullo.

Afirmar esto no es negar la ley del progreso; ella es de cumplimiento eterno; y se nos diga que hay que principiar a andar para seguir caminando, porque nosotros responderemos que es necesario antes que todo buscar el camino.

Sientan abrumada la frente con el peso de grandes concepciones genios aún niños, y tomen la lira y arránquenle, para agrado de los hombres, notas de altísima belleza; ellos tendrán la admiración y el aplauso de todos; no por lo niños, sí por los genios; ellos serán Byron, será Schiller; pero esto es de contado número, y cuidado cómo lo hacen quienes no tienen ni esa lira ni esa concepción, porque cosecharán indiferencia y rechifla por triunfos y hosannas.

Rebasar el límite fijado a las dificultades intelectuales, – querer ir a todas partes indistintamente, porque han ido otros– es tarea más a propósito para un chasco que para un triunfo.

Las más de las veces esto da golpe de gracia a nacientes reputaciones, que en otro campo pudieran tener un mérito legítimo. Queda el recurso de la contrición, que si no fuera así, perdidos andarían la mayor parte de los inexpertos, que en literatura se han lanzado a la heredad ajena.

Recalcamos sobre el poco tino para escoger el sendero a propósito, y para valuar las propias fuerzas, porque ahí está el todo en la república de las letras.

Poetas, los hay que encantan con una letrilla, que tienen habilidad particular para un romance, que componen madrigales y acertijos a pedir de boca, pero que engolfados en una oda dan lástima y que jamás logran terminar una elegía. De esos que si cantan a la gloria hacen dar miedo, y que si lloran la pérdida de un ser querido provocan la hilaridad.

Otros, los hay magníficos cuando tratan asuntos elevados y en metros nobles; arrastrados, por demás, cuando bajan a la letrilla y se agitan en lo común.

Y esto, cuando los unos y los otros tienen talento; que en no teniéndolo, lo mismo da con tiple que con arpa.

Si el cambio en cosas fugaces –relativamente– produce resultados tan esenciales, ¿qué será cuando la dislocación es cardinal? Así, por ejemplo, cuando de principiante en villancicos se pasa a autor de comedias, o cuando de esto se blasona habiendo sido apenas parafraseador de poetas extranjeros...



## Los académicos

*Señor redactor de El Estado. Medellín*

Quien oye hablar en parroquia de la Academia Colombiana, se llena de curiosidad por saber qué clase de hombres la componen, qué hacen, con qué recursos cuentan y en dónde se reúnen. «Deben ser hombres muy graves esos académicos», piensan algunos. «Y personas muy ricas», dicen otros. Y las conjeturas más candorosas y extrañas bailan en la imaginación de todos.

Aquí se les ve tan en paños menores que hay que taparse los ojos. A las seis de la tarde, al bajar por la primera carrera del Norte, llaman la atención, en una de las cuadras centrales, las risas y las voces que salen de una pequeña librería situada a mano izquierda. Es en vano tratar de descubrir el rostro de los concurrentes desde afuera, porque el recito es demasiado estrecho, y las sombras de la tarde, agolpándose, solo dejan ver bultos humanos que van y vienen. En cambio, casi siempre hay murmullos de palabras, interrumpido solo, de vez en cuando, por risas alegres. La pequeña librería es de Manuel Pombo, y ahí se reúnen a pasar las últimas horas del día una media docena de literatos, unidos por tradicional amistad.

Siga bajando el curioso, y pronto lo sorprenderá una nueva algaraza, que sale también del fondo de una librería. Esta se llama la *Librería Americana* y son los académicos los que conversan. Como el local es más ancho se puede entrar y gozar bien de cerca de la presencia de *los inmortales* de Colombia. Ahí están todos los residentes en Bogotá, a excepción de F. Zapata, S. Pérez y Venancio G. Manrique, que son liberales y han echado en saco roto esas frioleras. Pero no están como se quiera, con la mayor comodidad. Unos, sobre el mostrador de pino; otros sobre cajones, y la mayor parte verticales sobre el almo suelo! Allá Sergio Arboleda cuelga sus luengas piernas, desde lo alto del mostrador; más allá Miguel Antonio Caro recuerda a Virgilio, a horcajadas sobre un tercio de citologías; a este lado, Rafael Pombo, con su aire de Polichinela, se apta holgadamente en una caja vacía; y al otro José María Samper, conmueve los estantes haciendo tribuna improvisada de un cerro de costales. Y así todos los demás. Hay, por supuesto, barra, y la componen olvidados humanistas, o imberbes versificadores católicos.

Allí charlan un rato de todo, y a las ocho de la noche se separan. No sería prudente seguir a algunos de ellos, porque el que lo hiciera se vería forzado a entrar a *lugares non sanctos*... Y esto es una prueba más de que todos somos hombres... hasta los académicos.



## Los pobres niños

Si os encontráis con un niño a quien su madre besa o a quien su nodriza cuida, sonreís, y os provoca besar sus mejillas frescas y su frente, en que los cuidados no han puesto arrugas, y sus pequeños labios puros que son dos líneas encarnadas. Cuando pasa en brazos cuidadosos, hundido suavemente en blanco y crespo holán, con su cofia de encajes que sujeta una cinta de colores, y mueve sus pequeñas manos redondas con hoyuelos, podéis saludar al recién nacido feliz, y pensad, pensad, en sus buenos padres. Si a las altas horas de una noche de invierno, en una calle que se arrastra por un arrabal oscuro, os llama la atención un bulto que obstruye las aguas del caño como un montón de basura, y os acercáis y es un niño recién nacido a quien se ha ahogado, entonces una maldición tremenda se os escapa, la sangre os hierve, y si no sois unos miserables, quisierais arrojar por un cráter a los villanos que le dieron el ser.

A los niños felices los veis de continuo en las calles y en las cunas; nosotros contemplamos hace cuatro días a un recién nacido ahogado en un sucio caño de la Calle de las Águilas. Era blanco y precioso, aun en su martirio: las líneas del rostro suaves, desarrollo del cuerpo firme y una regularidad aristocrática en todo el conjunto. Lo había puesto allí, sin duda, una mano criminal que

cubre las machas de sangre en los salones con guantes de la mejor clase.

Cerca del caño hay una fuente a donde van las aguadoras, que surten a la vecindad, con sus cántaros y la larga caña ahuecada con que los llenan a distancia. Vimos a esas pobres mujeres del pueblo dejar las ropas y vasijas sobre las piedras y correr cerca al cadáver y llorar la muerte del niño y maldecir en su lenguaje robusto y natural a la madre infame que aceptó un placer y no rehusó un asesinato. Admiraba a las buenas gentes la maldad inaudita de una mujer que en vez de llevar su hijo al seno, le hundía la cara en el barro, que en vez de calentarlo con sus abrazos le hacía morir entre las aguas heladas y que por techo le daba el cielo oscuro. Se admiraban de por qué no lo había cubierto siquiera con un ligero abrigo y dejándolo en la puerta de alguna casa o sobre las piedras de la acera a la sombra de un techo. ¿Por qué, se preguntaban, no habrá llevado esa infame el niño al hospicio?

—Yo lo hubiera criado, decía una.

—Yo soy muy pobre, añadía otra, pero no me faltaría con qué darle un cuartillo de leche.

—Estoy criando, agrega orgullosa una tercera, y habría mamado como mi propio hijo.

Todas lloraban, las pobres y buenas mujeres del pueblo, que visten con harapos y ganan trabajosamente el pan de la vida pero que se conmueven generosas ante el cadáver de un niño expósito y maldicen irritadas a las madres sin corazón.



### Cuadro doloroso

La fatiga del talento literario tiene muchas veces por resultado la miseria. Aquí se trabaja en las letras para llenar un deseo personal, para conseguir la celebridad de un nombre, más bien que por el estímulo de la ganancia. El poeta colombiano solo saborea comodidades imaginarias; sus placeres son simplemente fantásticos. Cuando después de ese anheloso afán de la inteligencia, que es la inspiración, llega la enfermedad y luego la muerte sombría, solo hay para el hombre que ha arrojado al público una lluvia de flores y que ha mantenido la prosperidad de las ideas, el dolor de una agonía solitaria, el aislamiento del sepulcro sencillo y el clamor póstumo de la fama improductiva, que llega comúnmente cuando no se la necesita. Viaje largo el de los literatos en medio de la indiferencia; bocado amargo el suyo, que no tiene un equivalente siquiera en el bocado de pan!

Y deberían ser estos trabajadores del pensamiento los más mimados de los pueblos, porque son su adorno y su presea. Sin ellos, las naciones aparecen como las cuencas sin los ojos. Son el dibujo, son la expresión, cuando el vulgo es apenas el lienzo. De esas cabezas pensadoras se extraen, como de una inmensa cantera, los sillares con que luego edifican los que están abajo, y en la soberbia metrópoli que fundan y conservan, no logran

poseer un ángulo seguro que les procure el reposo en largos días de faena y el sueño apacible en las largas noches. A ellos se les pide continuamente una vibración nueva, una enseñanza fecunda, un romance entretenido, el viaje siempre renovado al país de los sueños; pero en cambio de la dura jornada se les abandona como a miserables, se les aísla como a gente nociva, cuando no se les precipita a la muerte, que es en ocasiones libertadora de la infamia. De modo que nuestro público toma para él el provecho de las ideas y deja a los escritores en su altura yerma, desde donde miran ávidos las comodidades que ellos fomentan y que están lejos ¡ay! de su boca y de sus manos.

La turba los encuentra muy dignos de su admiración, pero no de su protección. Quiere adorarlos en el magnífico templo, pero rehúsa pagar a la entrada un ochavo. Los usa hasta dejarlos rotos en sus manos toscas, sin conmoverse con sus dolores; lo que el vivisector hace con los perros y los conejos. Y es que no les encuentra semejanza con la multitud que se afana en otras labores; y como no se mira reflejada en ellos, no se reconoce y los desconoce. Le parece baladí el trabajo del pensamiento que no se convierte directamente en objetos contra los cuales pueda estrellarse. Le incomoda que el tiempo se pierda en obras que no tienen buen precio en el mercado. Se hace el raciocinio cómodo de que el literato puede al mismo tiempo escribir de balde y ganarse la vida de otro modo; ser música y ruido; el hipogrifo disparado y el lento gañán que guía los bueyes. La turba no puede comprender que de ese oculto trabajo de los pensadores vive ella; que son sus dioses lares desconocidos; los que la afianzan feliz sobre el haz del mundo; la lámpara que arde vívida en sus fiestas. Ignora que es en el libro en donde ha aprendido a conocerse, que es en el artículo del periódico donde se vigilan sus intereses, y que son los cantos, los hermosos cantos de los poetas, los que representan y les dan vida a esas informes pasiones de la masa, a esos dolores y alegrías que sin la estrofa morirían anónimos, porque el verso es el cráter.

No obstante, la turba tiene excusa en su estupidez. Conviden en que la imbecilidad es una prerrogativa. Pero los que

en la sociedad se dan cuenta de la grande injusticia y cooperan a ella, son esos hombres de barro, a quienes el egoísmo les da la frialdad del hielo y que por mirar hacia abajo se están mirando ellos mismo. ¿Tuvo por ventura ideas generosas el avaro? Aislado en sus cálculos de riqueza, detrás del mostrador o en los sótanos de un banco, su cariño se reduce a las monedas que cuenta, su ambición a las monedas que están fuera, y su porvenir a la caja de hierro. Tiene repugnancia por la miseria del talento; finge respeto por la imbecilidad que lleva prendas. A los astros no por hermosos los quiere, sino porque son amarillos. Y diría al poeta que tiende la cansada mano, que dobla la radiosa frente: «¡Idos! Me importunáis con vuestros versos. ¿Para qué necesita el mundo canciones? Guardad vuestras baratijas y dejadme en paz».

Así, pues, al talento se le pone una barrera. El que siga adelante es ínclito. Esa fría indiferencia se aparece como un espectro a los jóvenes que tienen entusiasmo: gusta hollar las guirnaldas de rosas recién abiertas. Cuando algún adolescente quiere marchar, se burlan de su osadía o de su candidez, y como pugne por subir, le quitan hasta las hiedras del muro para que sin apoyo ruede al fondo. Lo precipitan y encomiendan su alma al diablo. Por esta razón se malgastan tantas fuerzas enérgicas en distracciones nocivas, y ella da por consecuencia que la antorcha sea, en breve, humo y vapores fétidos. Cuando el estrago hace su víctima, la hipocresía finge desolación, porque el egoísmo camina a mucha distancia hacia atrás de los acontecimientos. Desconoce y condena su obra.

La carrera literaria es en Europa, en Francia, por ejemplo, un Pactolo. La personalidad flamante, la que logró empinarse sobre el tumulto, cuenta ya con comodidades que llegan a ser boato. Emilio Zolá, Alejandro Dumas, hijo, Jorge Onhet, Ernesto Renán, Alfonso Daudet, etc., son casi opulentos. La pluma hace palacios y pone la opípara mesa. De manera que la obra literaria de un escritor es continua y no se trunca ni por una retirada de la escena hacia los negocios prosaicos, ni por una caída en la miseria para llegar a la muerte.

## Coeditores Colección Bicentenario de Antioquia

ANTIOQUIA  
LA MÁS  
EDUCADA



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA



CORPORACIÓN  
UNIVERSITARIA  
LASALLISTA

Lleva el conocimiento  
*por siempre*



*Ser. Saber y Servir*



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

1803

Rectoría



UNIVERSIDAD  
**EAFIT**  
Abierta al mundo



Universidad  
Pontificia  
Bolivariana



UNIVERSIDAD DE MEDELLIN



UNIVERSIDAD CES

*Un Compromiso con la Excelencia*



Institución Universitaria



UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE COLOMBIA  
SEDE MEDELLÍN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
LATINOAMERICANA - UNALA

*Este libro se terminó de imprimir  
Ediciones Diario Actual  
en el mes de julio de 2013*

*La carátula se imprimió en propalcote C1S 240 gramos,  
las páginas interiores en ivory 60 gramos*

*Las fuentes tipográficas empleadas son Adobe Caslon Pro Regular, Italic, Semibold*

